



**CONTEXTO SOCIAL Y VIOLENCIA EN LA ADOLESCENCIA: UNA
PERSPECTIVA PSICOANALITICA ANTROPOLOGICA.**

Juan Francisco Jordan Moore.¹

Es una preocupación en todos los niveles el aumento de la violencia juvenil en nuestros países asociada ésta de un modo alarmante al tráfico y consumo de drogas. Un reciente editorial de un diario chileno (La Tercera, 24 Mayo 2005) entrega cifras alarmantes. Entre 2001 y 2003 se registraron la detención de 34000 menores por diversos delitos, entre 1995 y 2001 la tasa de aprehensiones de menores entre 12 y 17 años ha registrado un incremento de 600%. Y tal vez lo más alarmante hoy se destinan 750 mil millones de pesos en control de la delincuencia y solo 100 mil millones en prevención. Estas cifras son correlacionadas por el editorialista con la violencia escolar y la drogadicción y curiosamente no son correlacionadas con el hecho de que la distribución del ingreso en Chile es una de las peores en el mundo ocupando el décimo lugar, muy cerca de Sudáfrica. La diferencia entre el 10% más rico y el 10% más pobre es de 35 a 1. Esta diferencia existe a pesar de que el slogan de la campaña electoral del actual gobierno socialista de Ricardo Lagos fue “Crecer con igualdad”.

La tasa de criminalidad en Chile ha aumentado en un 125% entre 1997 y el 2004 mientras en los E.E.U.U., en el mismo período, disminuyó en un 18%. Las causas que se han invocado para la disminución en país del norte son cuatro: el incremento del número de policías, el aumento de la población penal, la disminución de la epidemia del crack y la legalización del aborto. De las cuatro

¹ Miembro titular de la Asociación psicoanalítica de Chile

causas en Chile la única que se diferencia sustancialmente de la situación norteamericana es la ausencia de la legalización del aborto, esto determina que en nuestro país la tasa de hijos no deseados, producto de embarazos en adolescentes solteras, es mayor. Entre 1997 y el 2004 la tasa por cada 100.000 habitantes de varones entre 18 y 25 años que nacieron de mujeres solteras menores de 20 años aumento un 18%. Este aumento podría explicar en mas de la mitad el aumento en la tasa de criminalidad, si se toma en cuenta que los hijos no deseados están expuestos a una gran vulnerabilidad socio-económica y psicológica y por lo tanto, no es de extrañar que quienes cometen delitos son hombres jóvenes de estratos sociales con fuertes carencias y familias mal constituidas. (Matus Acuña, J.P.)

Aumento progresivo y explosivo de la delincuencia infantil relacionado con embarazos no deseados y la precariedad de la situación socio- económica de vastos estratos de la sociedad, parecen ser sellos de nuestra realidad latinoamericana en la cual se adopta un modelo neo liberal sin implementar, al mismo tiempo, muchos de los derechos que se asocian a un modelo liberal progresista, por ejemplo, el derecho de las mujeres sobre su cuerpo. Volveremos sobre este hecho, el embarazo no deseado, más adelante.

¿Qué entiendo por violencia social? Creo que puede comprenderse como lo opuesto a la sublimación. En ésta última se trata de un impulso desviado de su meta y su fin hacia una acción o producto aceptado como valioso y deseable por el cuerpo social y que viene a sumarse contribuyendo y enriqueciendo el bagaje cultural de una comunidad. La violencia social en cambio trata de actos que destruyen el bagaje cultural, que incluye la valoración de la vida, y empobrecen por lo tanto a la comunidad. Esta última aseveración debe ser relativizada al tomar en cuenta que en muchas ocasiones un grupo dominante, que practica lo que se ha denominado un terrorismo de estado, puede calificar de violencia social, con su connotación destructiva, lo que desde otro grupo que no ostenta el poder es calificado como una legítima rebelión ante la opresión, la injusticia y la arbitrariedad.

Cabe preguntarse si existe alguna violencia que no sea social en el sentido amplio del término. La palabra violencia deriva del latín *vis* y su polisemia cubre en nuestro mundo actual términos tales como “sujeción, subordinación, dominación, imposición, arbitrariedad, fragmentación, autoritarismo, desgarró, fuerza, desmemoria, olvido de la comunidad, discriminación y prejuicio”. (Rosemberg S. , F.; 1999). Como se puede apreciar la polisemia de la palabra alude en la mayoría de los casos a relaciones sociales. El hombre es un animal político, su ambiente es la *polis* y es allí donde se ejerce la violencia social.

¿Qué características debe tener este ambiente y como se relaciona éste con la violencia en la adolescencia?

Antes de proseguir con mi argumento y como una base para lo que voy a plantear permítanme transmitirles el relato hecho por Anthony Stevens (1993), un analista jungiano, de un hecho sucedido en el zoológico de Londres en 1925. En este zoológico existe un terraplén de concreto rodeado por un canal conocido como Colina de los Monos. Mide aproximadamente 30 metros por 18 metros. En 1925 las autoridades del zoológico colocaron 100 mandriles hamadryas en este montículo con la expectativa de que se asentaran pacíficamente y entretuvieran al público. Debería haberse tratado de una población exclusivamente masculina, sin embargo, por descuido, se incluyeron 6 hembras. Se iniciaron batallas de dominación entre los machos y a los dos años 45 estaban muertos. Pero, los mandriles parecían no estar felices y para alegrarlos las autoridades del zoológico decidieron colocar treinta hembras. En menos de un mes 15 de estas hembras habían sido descuartizadas . En 1930 solo habían sobrevivido 39 machos y nueve hembras y ese año tres machos y cuatro hembras murieron. El autor se pregunta ¿Que dice esto de la psicología de los mandriles? ¿Son ellos unos brutos viciosos incapaces de controlar sus pasiones? Si fuera así ¿Cómo ha sobrevivido esta especie?

Lo causa que se descubrió para explicar esta violencia es que las autoridades del zoológico no supieron proveer las cualidades del habitat natural de estos

mandriles. Este hecho frustró la expectativa ambiental, de acuerdo al etograma de la especie, para la cual están biológica y psicológicamente diseñados. Resulta que las necesidades ambientales de estos primates suponen extensiones mucho mayores de terreno en las cuales los machos pueden establecer su dominio territorial, establecer las jerarquías sociales y, cuando se tiene éxito en estos logros, reunir un harem de hembras. Para un grupo de 100 mandriles se habrían necesitado cincuenta kilómetros cuadrados y no los 540 metros cuadrados del zoológico.

Ahora bien, es absolutamente legítimo plantear que los humanos también portamos al nacer la expectativa, inscrita en nuestros genes por la evolución, de un ambiente en el cual desarrollarse, crecer, decaer y morir. De hecho Winnicott y de todo el grupo independiente inglés, bajo la poderosa influencia que Darwin, reconocen que los humanos nacemos adaptados para un ambiente para el cual hemos sido seleccionados. La falta de realización de esta expectativa ambiental, tal como en los mandriles, genera frustración e incremento de la agresión.

¿Como podemos saber cual es este ambiente esperado y cuanto de este estaría actualmente en acuerdo con el etograma del *homo sapiens sapiens*.? Robin Fox un antropólogo de la Universidad de Rutgers ha planteado que para comprender al hombre la antropología no puede seguir considerando sólo el período denominado histórico, la historia escrita, debe contemplar también el equipamiento biológico del hombre y la historia de la adaptación evolutiva de la especie. Este autor sugiere que así podemos determinar el ambiente natural del hombre como aquel en que nuestra especie culmina su período de adaptación, esto es el paleolítico tardío. Este es el “ambiente de la adaptación evolutiva”. Podemos inferir este ambiente de la estructura social de las comunidades actuales de cazadores-recolectores. Este ambiente social consistía en comunidades de 8 a 19 machos, el doble de hembras y alrededor de 20 jóvenes y niños que deambulaban cazando y recolectando alimentos. Se mantenían relaciones con otros grupos similares.

El comienzo de la primera glaciación altero profundamente el habitat social del hombre por dos hechos: i) la concentración de la población en Medio Oriente y el Sur Oeste de Europa a consecuencia de la invasión de los hielos glaciares y ii) la domesticación de los animales y el descubrimiento de la agricultura. La mayor densidad condujo a la emergencia de ciertos hechos sociales que anteriormente no existían, tales como la religión institucionalizada, castas religiosas, elites de poder, jerarquías sociales y la explotación del hombre por el hombre. Tal vez es este el período que describe Freud en su mito de la horda primitiva relacionado a la rebelión de los hijos en contra del padre, la muerte de éste y posterior introyección de la culpa. Desde esta perspectiva, nuestra especie hace mucho tiempo que no “esta en casa” y los síntomas de este extrañamiento son dolorosos, ya que estaríamos tratando de recuperarnos de una enfermedad. El problema es no confundir el proceso de recuperación con la normalidad. Podemos pensar que los síntomas son parte del proceso de la cura, como lo pensaba Freud de los síntomas de la esquizofrenia y Winnicott de la conducta antisocial. Los síntomas que destaca Fox son: “las epidemias de ignorancia, embarazo adolescente, divorcio, delincuencia juvenil, drogadicción y terrorismo” (p 232).

No deja de llamar la atención que los síntomas del intento de recuperación son similares a los síntomas de la psicopatología del espacio transicional “... fetichismo, mentir y robar, el origen y la pérdida de los sentimientos afectuosos, adicción a las drogas, el talismán de los rituales obsesivos, etc.”. (Winnicott, 1960). No olvidemos que la psicopatología del espacio transicional se relaciona con las deficiencias de una madre ambiente suficientemente buena que provea de un sentimiento de confianza y cohesión en el infante.

La hipótesis es que este “ambiente de la adaptación evolutiva” no solo es algo que se necesita de un modo vital en el comienzo de la vida y una vez lograda ciertas tareas del desarrollo nos independizamos del mismo. Se trata de un ambiente que es necesario a lo largo de todo el ciclo vital, la diferencia con la

infancia es que con la maduración biológica y psicológica este ambiente se hace algo más manipulable .

Si la adolescencia es una metamorfosis es esperable que los requerimientos ambientales sean máximos para lograr que este proceso de transformación sea exitoso, tal como lo es el capullo para la crisálida. Se puede pensar entonces que la expectativa del “ambiente de adaptación evolutiva” sea muy activa en este período, marcado por la ansiedad presente de la adultez que se vislumbra en el futuro y el duelo por el pasado, el ambiente que se deja atrás.

Debe destacarse que el ambiente esperable incluye en el caso de la especie humana, la cultura, un conjunto de símbolos compartidos que determinan de un modo poderoso el que se sea o no reconocido como formando parte o no de este conjunto.

El adolescente espera encontrar y hacerse un lugar en la cultura pero un lugar que ésta también le tiene reservado para él o ella. De ahí la importancia de los ritos de la adolescencia en los cuales la comunidad se hace cargo de proveer un conjunto de símbolos que se encarnan en el rito y que proveen de un sentido y de un lugar en la comunidad, en la cual, el que era antes un niño ahora se puede reconocer y puede ser reconocido como un adulto.

¿Qué lugar le tiene reservada la cultura actual a nuestros adolescentes y como se compara este con el “ambiente de adaptación evolutiva”?

Recientemente se ha planteado que en el esquema económico neo-liberal actual acceder a la calidad de ciudadano se relaciona con poder ser un consumidor. Quién tiene capacidad de consumo tiene carta de ciudadanía. Para ser identificado como alguien en el sistema cultural se debe tener capacidad de consumir. Si en el paleolítico tardío, tal como podemos inferir por los escasos pueblos recolectores-cazadores que aun existen, la carta de ciudadanía, la pertenencia a, y el reconocimiento de la comunidad, estaban dados por la participación en la caza o en la escucha de los relatos de los mayores o en la

recolección común de los frutos, hoy en día esas actividades han sido sustituidas por el obtener el dinero para consumir en el mall, lugar de reunión por excelencia de la sociedad de consumo. Si no se puede consumir se entra en lo que los sociólogos han denominado anomia, la pérdida de la autonomía y la identidad debido a la degradación de las normas sociales cuando la sociedad no aporta los medios para el logro de las aspiraciones e ideales valorados y estimulados por la propia sociedad. Se puede pensar que esta situación de anomia es isomórfica con un situación dinámica interna en la cual se produce una excesiva distancia entre el yo y el ideal del yo acompañado de una degradación de las normas del superyó. Un niño no deseado es especialmente vulnerable a buscar el reflejo ausente de la mirada de su progenitor en configuraciones externas, que al modo de un andamio exterior, le den un sentido de cohesión al sí-mismo por tanto es muy susceptible de internalizar los valores de la sociedad de consumo de un modo concreto, por ejemplo, adquiriendo su sentido de identidad a través del uso de ropas de marca.

Creo que se puede ampliar la tesis ontogenética de Winnicott de que la conducta antisocial es la expresión manifiesta del intento inconsciente de recuperar un ambiente que se tuvo y se perdió , a una perspectiva filogenética. Si como especie tuvimos un ambiente evolutivo al cual estamos adaptados y que actualmente no se encuentra, esto generará frustración y violencia expresada en conductas antisociales que manifiestan la demanda inconsciente de lo que se tuvo y se perdió, tal como en el caso de los mandriles. Esta expectativa se hará más intensa cuando se enfrenta la pérdida del ambiente protegido de la infancia y niñez, si es que se lo tuvo, y si no se lo tuvo, se hará más activo el patrón de conducta antisocial ya generado en la niñez. Esta frustración se relaciona con el pasado, la otra se relaciona con el futuro, esto es, no encontrar un lugar socialmente reconocido para desarrollarse como adulto y por tanto es fácil deslizarse hacia la anomia.

No es casual entonces que la búsqueda del reconocimiento de la propia ciudadanía se enmarque en el consumo de drogas. El adolescente concretiza la

representación buscada de su self social en un símbolo sensorio-motor concreto, se transforma literalmente en un consumidor. Ya no se trata de recolectar frutos o granos o prepararse para la caza, se trata de salir a “cazar” la droga, en la subcultura de la pandilla, modo de lograr el acceso a un mundo de representaciones concretizadas en las cuales se accede a ser alguien por el hecho de ser un consumidor.

Sin embargo la violencia en sí misma no es el problema, violencia va a existir siempre, es la manifestación de nuestra naturaleza agresiva y sabemos de la violencia regulada en pequeñas comunidades rurales por ejemplo. El problema para el hombre es su capacidad simbólica la cual le permite el acceso a lo que Fox denomina la “imaginación violenta”, el potencial uso de la agresividad al servicio de fantasías omnipotentes lo que implica una pérdida de control sobre nuestra agresión como especie. El problema es nuestra capacidad de imaginar y construir la bomba atómica y aniquilar la vida en el planeta, o la capacidad de imaginar e implementar el holocausto, o la desaparición de miles de oponentes políticos durante los años de la dictaduras militares en el cono sur de nuestro continente, o el adolescente que asesina al otro porque lo miro feo usando una pistola producto por supuesto de la imaginación violenta. No nos olvidemos que la pólvora es uno de los escalones del ascenso de la imaginación violenta a la bomba atómica y la guerra de las galaxias.

¿Qué puede exaltar esta imaginación violenta y su concretización en el proceso adolescente? Observamos omnipotencia en la adolescencia, relacionada con la defensa maníaca para sobreponerse al duelo de la niñez e infancia, pero también con el descubrimiento sorpresivo de la vitalidad y belleza de un cuerpo y una psique que florecen y expresan así el potencial que estaba a la espera de manifestarse. ¿Y como puede el adolescente regular su imaginación violenta? Cito a Winnicott (1989) en la adolescencia dice “ ... lo bueno no es aquello que es entregado por la benignidad de los padres sino aquello que es forzado a existir por la destructividad individual del adolescente. La tarea de los *padres y de la sociedad* es una de sobrevivir y esto incluye sobrevida sin tomar

represalia, esto es una contención de lo que trae el adolescente sin ser provocado aún bajo provocación”. (las cursivas son mías) (pags. 237-238). El quiebre de la omnipotencia y el surgimiento de la posibilidad del adolescente de identificarse con la sociedad y sus valores como algo real, esto es, externo a los valores y normas que él mismo puede crear, depende de la capacidad de la sociedad de sobrevivir a la destructividad del adolescente. Real y bueno es aquello que logra permanecer más o menos incólume de los ataques del adolescente ya que la represalia es experimentada como resultado de la propia violencia y solo puede genera más omnipotencia y violencia en la búsqueda de encontrar una realidad en la cual poder desarrollarse y vivir. Podría ser que esta realidad fuera también el re encuentro de ese ambiente de la adaptación evolutiva del paleolítico tardío. Tal vez la idealización de la vida comunitaria que aparece con tanta intensidad en la adolescencia no fuera solo la necesidad de un grupo de iguales con quiénes identificarse para elaborar la desidentificación con los padres y lograr una identidad separada de éstos, sino que además fuera la nostalgia de este ambiente perdido y buscado. Nostalgia que puede ser un motivo inconsciente más de los que está en la base de los movimientos hippies y revolucionarios de izquierda de los 60 o del actual movimiento de aquellos adolescentes que en mi país, desilusionados del “establishment”, parten a convivir vivir en comunidades indígenas o poblaciones pobres y marginales con la idea de participar en la autogestión de modos originales de salir de la pobreza y la exclusión generada por el modelo socio-económico imperante.

Es difícil que nuestro “establishment” pueda dar una solución constructiva a la imaginación violenta de la adolescencia si se gastan muchos más recursos en las represalias a la delincuencia juvenil que en su prevención, si se siguen gastando más recursos en la persecución de los narcotraficantes que en la recuperación de los adictos , si no se hace lo necesario para prevenir el embarazo no deseado en la adolescencia, si se sigue implementando la guerra entre naciones como solución al terrorismo, en las cuales los que mueren son adolescentes, si nuestras actuales democracias terminan dejando en la impunidad las atrocidades cometidas durante las dictaduras y si no encontramos

un modo de distribuir justamente la enorme riqueza que es capaz de generar el sistema capitalista. Es difícil entonces poder pensar que nuestras sociedades estén logrando sobrevivir a la destructividad adolescente.

Tal vez, sin darnos aún cabalmente cuenta, estamos en una situación similar a la de los papiones del zoológico de Londres en 1925 y debemos, los adultos, agradecer a los adolescentes que con sus ideales susciten en nosotros, lo adultos, reminiscencias de un mundo perdido aún posible de recuperar o reconstruir.

REFERENCIAS

Fox, R. (1989). *The Search for Society. Quest for a biosocial science and morality.* New Brunswick: Rutgers University Press.

Matus Acuña, J.P. (2005) Editorial el Mercurio. Mayo 2005.

Rosenberg, F. (1999). *Condiciones de la Violencia. En Frente al Silencio. Testimonios de la Violencia en Latinoamérica.* México, D.F. : Casa Abierta al Tiempo.

Stevens, A. (1993) *The two million year old self.* N.Y.: Fromm International Publishing Corporation.

Winnicott, D.W. (1960) *Playing and Reality.* London: Penguin Books

Winnicott, D.W. (1989) *Explorations in Psychoanalysis.* London: Karnac